
PROPONER LA FE A LOS JÓVENES. **Acentos y subrayados**

Luis González-Carvajal Santabárbara

Cuando me invitaron a desarrollar una conferencia sobre el modo de proponer la fe a los jóvenes me pregunté mí mismo: ¿Qué va a hacer un viejo como tú en un lugar como ése? Y, como no encontré ninguna respuesta satisfactoria, respondí que llevo ya muchos años desconectado de la pastoral juvenil. Me insistieron explicándome que si habían pensado en mí es porque mi libro *Ésta es nuestra Fe. Teología para universitarios* ha servido para educar la fe de muchos miles de jóvenes desde que apareció hace ya treinta años; y debió cogerme en un momento de debilidad porque acabé aceptando.

Así, pues, emulando lo que dijo Francisco Umbral a Mercedes Milá allá por 1993 en una tertulia televisiva conducida por la periodista, «yo he venido aquí a hablar de mi libro»¹. Ahora en serio: Aunque en mi exposición iré proponiendo principios generales, pienso ilustrarlos con varias referencias al libro que sugirió a los organizadores de las Jornadas encomendarme esta conferencia.

I. DOS CONSIDERACIONES SOBRE EL TÍTULO DE LA CONFERENCIA

Comenzaré con las reflexiones que me hice a mí mismo cuando vi el título que los organizadores de las Jornadas han dado a la conferencia.

¹ Quien sea demasiado joven para recordar aquella bronca, todavía puede hoy pasar un buen rato viéndola:
<http://www.youtube.com/watch?v=-1cTIUc7c...>

UNA EXPRESIÓN ACERTADA: «PROPONER» LA FE

Según el Diccionario de la Real Academia, la primera acepción del verbo «proponer» es ésta: «manifestar con razones una cosa para conocimiento de uno, o para inducirle a adoptarla». En este sentido debo decir que la expresión «proponer la fe» me parece más acertada que la formulación más habitual de «transmitir la fe» porque, si la fe es un don de Dios, en sentido estricto no puede ser objeto de transmisión; o, al menos, no puede ser objeto de transmisión humana.

Con frecuencia, la afirmación de que la fe es un don de Dios ha llevado a concluir erróneamente: Entonces, cuando alguien no tiene fe será porque Dios no se la ha concedido. Esto sería tanto como decir que el responsable último de la increencia no es el que carece de fe ni quienes le rodean, sino el mismísimo Dios. Cualquiera ve fácilmente que así llegamos a una imagen de Dios muy parecida a la del calvinismo: Un ser caprichoso que predestina a unos a la salvación, dándoles el don de la fe, y predestina a otros a la condenación negándoles dicho don.

Evidentemente, no hay nada de eso. Dios llama a todos a la fe (un don no es menos don porque se conceda a todos). La gracia divina se sirve de muchos medios para llegar al corazón humano, pero respeta la libertad humana; al final uno cree porque quiere creer².

UNA REALIDAD COMPLEJA: LA FE

En cuanto a la palabra fe, los teólogos antiguos, utilizando una distinción de inspiración agustiniana —que, por cierto, recoge la reciente encíclica *Lumen fidei*³— explicaron que el verbo «creer» puede emplearse de tres modos distintos, aunque relacionados⁴. Podemos:

1. *Creer que* es verdad lo que Jesús ha enseñado sobre Dios, el hombre y el mundo; es decir, creer lo que llamamos «verdades de la fe».

2. *Creer a* Jesús. No creemos las verdades de la fe porque se nos hayan ocurrido a nosotros un buen día y ni siquiera porque nos parezcan

² GELABERT BALLESTER, Martín, *Creer, sólo en Dios*, San Pablo, Madrid, 2007, p. 67.

³ FRANCISCO, *Lumen fidei*, 18 a (San Pablo, Madrid, 2013, p. 28).

⁴ Todo esto puede verse mucho más completo en GONZÁLEZ-CARVAJAL, Luis, *La fe, un tesoro en vasijas de barro*, Sal Terrae, Santander, 2013, pp. 22-79.

razonables, sino porque Jesús nos las ha revelado y su palabra nos merece confianza. Imaginemos que alguien aceptara todas las verdades cristianas, pero *no* porque hayan sido reveladas por Dios sino porque *coinciden con sus propias reflexiones*. Supongo que se considerará a sí mismo un buen cristiano y los demás le tendrán por tal, pero en cuanto una de esas verdades deje de parecerle razonable se descubrirá que no es creyente *ni lo había sido nunca*.

3. *Creemos en Jesús*, es decir, nos adherimos a él de una manera absoluta, incondicional, definitiva, que compromete irrevocablemente el fondo del ser.

Es fácil ver que estos tres sentidos del verbo creer tienen una importancia creciente. *Creer que* es verdad lo que Jesús ha enseñado se refiere a una doctrina. *Creer a* Jesús se refiere a su persona misma, que es más importante que cualquier doctrina. Pero es todavía más importante *creer en* Jesús porque podemos creer *a* una persona circunstancialmente, cuando dice una cosa y no cuando dice otra; en cambio, creer *en* ella entraña una actitud permanente.

Pues bien, el hecho de haber sido invitado a desarrollar esta conferencia por ser el autor de un libro en el que presentan los contenidos de la fe cristiana pone de manifiesto que debemos tomar la palabra «fe» en el primer sentido que hemos visto. Es el menos importante de los tres, pero está unido a ellos de forma indisoluble: no podemos creer *en* Jesús sin creer *a* Jesús y, por lo tanto, sin creer *lo que* Jesús nos ha dicho. La fe cristiana tiene un contenido que no puede ser olvidado ni mutilado porque el acto personal de fe y la aceptación vital de su contenido están unidos de forma indisoluble.

II. SIETE REGLAS PARA PROPONER LA FE A LOS JÓVENES

1. HABLAR «EN CRISTIANO»

Decir que quienes quieran proponer la fe cristiana a los jóvenes deben hablar «en cristiano» parecería una perogrullada si no supiéramos que, según el Diccionario de la Real Academia Española, «hablar en cristiano»

es «expresarse en términos llanos y fácilmente comprensibles, o en la lengua que todos entienden».

Desgraciadamente, hay teólogos que si tuvieran sentido del humor podrían decir, como Groucho Marx: «No espero que hayas captado el significado de lo que acabo de escribir, hasta que hayas leído varias veces el párrafo anterior. (...) Yo lo he leído ya seis veces y no he entendido absolutamente nada»⁵.

Me parece un gran error que los teólogos escribamos sólo para teólogos, pensando que así ponemos de manifiesto nuestra calidad de especialistas. Parodiando a Ortega, me atrevo a decir que «la claridad es la cortesía del teólogo»⁶.

En todo caso, no debemos confundir la oscuridad con la profundidad, porque frecuentemente ocurre precisamente lo contrario: que la oscuridad conceptual sirve para disimular la pobreza del contenido, de modo semejante a las aguas poco profundas, que sólo estando turbias nos parecen profundas.

Pues bien, si la claridad es cortesía para el teólogo, para el agente de pastoral es una exigencia insoslayable. San Agustín no vaciló en decir un día a su auditorio: «¿Qué nos importan a nosotros las exigencias de los gramáticos? Mejor me entendéis cometiendo un barbarismo que haciéndoos diestros en nuestra disertación»⁷. Así, pues, siempre que sea necesario para hacerse entender, el teólogo debe retirarse sin vacilación ante el pastor.

Una cuña autobiográfica (volvemos en un minuto)

Soy doctor en teología y durante treinta años he sido profesor de una Facultad de Teología, pero no soy un teólogo de raza. Me falta pedigrí y los teólogos de raza lo notan en seguida. El hándicap que me ha impedido ser un teólogo de raza es que el lenguaje teológico no es mi lengua materna. Soy un ingeniero reconvertido en teólogo y cuando entré en el Seminario no me enteraba de nada. El discurso filosófico y, más todavía, el discurso

⁵ MARX, Groucho, *Memorias de un amante sarnoso* (HERMANOS MARX, *Obras selectas*, Carroggio, Barcelona, 1981, p. 428).

⁶ «La claridad es la cortesía del filósofo»: ORTEGA Y GASSET, José, *¿Qué es filosofía?* (*Obras completas*, t. 7, Revista de Occidente, Madrid, 1961, pp. 280 y 288).

⁷ AGUSTÍN DE HIPONA, *Enarraciones sobre los salmos*, sal. 36, serm. 3, n. 6 (*Obras completas de San Agustín*, t. 19, BAC, Madrid, 1964, p. 633).

teológico exigen una forma de razonar muy distinta de la razón científico-técnica. Necesitaba mucho esfuerzo para traducirme a mí mismo lo que leía y escuchaba. Pero ese hándicap que me ha impedido ser un teólogo de raza ha hecho posible que mi teología la entiendan todos y me siento dichoso cuando veo que se podría decir de mis libros lo que se decía del libro *De la oración y consideración*, de Fray Luis de Granada, en 1560: que «las niñas del cántaro lo traían bajo el brazo y las fruteras y verduleras lo leían cuando vendían y pesaban la fruta»⁸.

Pues bien, esta cuña autobiográfica era sólo para decir a quienes intentan proponer la fe a los jóvenes que les saldrán mejor las cosas si no se entera el cuello de su camisa de que se tienen por teólogos.

2. VIGILAR LO QUE DECIMOS SIN PALABRAS

La segunda regla quiere llamar la atención sobre el hecho de que no sólo hablamos con palabras. Para desarrollarla voy a servirme de la parábola del payaso, utilizada por Kierkegaard: «Un circo ambulante estalló en llamas poco después de haber acampado junto a una aldea danesa. El director se volvió a los artistas que ya estaban vestidos para la actuación y envió al payaso para llamar a los aldeanos a ayudar a sofocar las llamas, que no solamente podían destruir el circo, sino que podían extenderse a través de los campos segados e incendiar la aldea misma. Corriendo atropelladamente a la plaza de la aldea, el pintarrajeado payaso gritó a todos que vinieran al circo a sofocar las llamas. Los aldeanos rieron y aplaudieron esta forma nueva de atraerlos al gran espectáculo. El payaso lloró y suplicó. Insistió en que no estaba representando un papel, sino que la aldea estaba realmente en peligro mortal. Cuanto más imploraba tanto más reían los aldeanos... hasta que el fuego saltó a través de los campos a la misma aldea. Antes de que los aldeanos se dieran cuenta, sus hogares habían sido destruidos»⁹.

Ese payaso, incapaz de lograr que los aldeanos le tomen en serio, debe hacernos caer en la cuenta de que nuestros mensajes llegan a los destinatarios configurados por la imagen que da la Iglesia y damos nosotros mismos porque, como decía McLuhan, «el medio es el mensaje»¹⁰. Un

⁸ Cit. en GONZÁLEZ-CARVAJAL, Luis, *Ésta es nuestra Fe. Teología para universitarios*, Sal Terrae, Santander, 22ª ed., 2013, p. 174.

⁹ Cit. en COX, Harvey, *La ciudad secular*, Península, Barcelona, 4ª ed., 1973, p. 269.

¹⁰ McLUHAN, Marshall, *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*, Paidós, Barcelona, 1996, pp. 29-42.

mismo anuncio se percibe de modo diferente según viva de una u otra manera quien lo hace. Por lo tanto, además de hablar «en cristiano» necesitamos revisar cuidadosamente lo que decimos sin palabras. Los agentes de pastoral juvenil deben ser evangelios encuadernados en piel... humana.

3. DEVOLVER LA NOVEDAD A LAS VERDADES DE LA FE

Observemos ahora que, igual que nos ocurre a nosotros, el lenguaje también envejece con el tiempo, y el lenguaje teológico no es una excepción. Decía Hofmannsthal, en su famosa *Carta a Lord Chandos* (1605), que «cuando abrimos la boca, siempre hablan diez mil muertos»¹¹.

Se equivocan quienes piensan que los contenidos de la fe son los que son y, por lo tanto, deben proponerse a los jóvenes del mismo modo que a los viejos, a quienes vivimos en el siglo XXI del mismo modo que a quienes vivieron en el siglo XVI.

El gran problema que necesitamos resolver es que el lenguaje religioso cristiano al uso —tan expresivo en el pasado— parece no tener ya nada que ver con las experiencias fundamentales de nuestros contemporáneos, y muy particularmente de los jóvenes. Conceptos teológicos clave —como «redención», «justificación», «pecado», «vida eterna»...— se han vuelto prácticamente ininteligibles no ya para los alejados, sino incluso para los mismos fieles, que no descubren en ellos ninguna referencia a su propia experiencia humana.

Sabemos todos que evangelizar quiere decir en griego anunciar una buena noticia. Pues bien —dice Nolan—, «el problema de lo que se predica en nuestras iglesias hoy es que ya no tiene la forma o el carácter de buena noticia. Puede que la gente acepte y crea lo que se predica, pero es incapaz de recibirlo con alegría y emoción, de acogerlo como si de verdad fueran noticias. No suena en absoluto como *noticia*, y menos aún como *buena*. (...) Hay algo que falla radicalmente cuando el mensaje que predicamos no puede ser acogido espontánea e inmediatamente como buena noticia. (...) Cuando Jesús se puso en pie y anunció: “La hora ha llegado, el reino de Dios está cerca”, los que le escuchaban recibieron el anuncio como una

¹¹ Cit. en THIELICKE, Helmut, *Esencia del hombre*, Herder, Barcelona, 1985, p. 68.

buena noticia. Ellos sabían lo que quería decir. El reino de Dios encarnaba todas sus esperanzas y aspiraciones. Escuchar que había llegado la hora en que iban a cumplirse esas esperanzas y esas aspiraciones era en verdad una buena noticia. Cuando los discípulos proclamaron que Jesús era el Mesías, fue la noticia del siglo. La emoción, después de siglos y siglos de espera y oración, sería difícil de contener. Y cuando Pablo da la noticia de que la gente puede ahora ser justificada a los ojos de Dios por la fe en Jesucristo, y de que ya no es necesario, por tanto, intentar agradar a Dios cumpliendo al detalle la ley de Moisés, la gente debió de dar un enorme suspiro de alivio. ¡Qué noticia tan emocionante! (...) Pero si yo me pusiera hoy en pie en una iglesia o en la esquina de una calle de Sudáfrica y repitiera lo que ellos dijeron, empleando las mismas palabras, simplemente no obtendría la misma respuesta. (...) Si nos limitamos a repetir fórmulas del pasado, nuestras palabras puede que tengan el carácter de doctrina y de dogma, pero no tendrán el carácter de buena noticia. Quizá estemos predicando una doctrina perfectamente ortodoxa, pero ése no es *el evangelio para nosotros hoy*»¹².

Quienes hayan leído «mi libro» —por seguir con la expresión de Francisco Umbral— recordarán quizás que ése fue el motivo por el que decidí escribirlo. En la Presentación cuento una anécdota de Mari Paz (estuve con ella en junio y, aunque hoy pasa ya de los cincuenta, sigue tan espontánea como cuando ocurrió lo que cuento en el libro):

«Ella tenía en aquel tiempo alrededor de diecisiete años y yo — que por entonces no era sacerdote ni teólogo— era su profesor de Física. Un día, al salir de clase, hablando en medio de un grupo numeroso, dijo algo tan inusitado como que San José era Dios. Inmenso error motivado, según pude descubrir, porque creía que el “Padre” de la Santísima Trinidad era San José. Como una obra de misericordia es «enseñar al que no sabe», le expliqué que San José fue, sin duda, muy buena persona, pero no tanto como Dios.

»Estoy seguro de que por aquel entonces Mari Paz no había leído a Kant (ahora no lo sé), pero desde luego su reacción dio plenamente la razón al maestro de Königsberg cuando afirmó que “del dogma de la Trinidad, tomado literalmente, no se puede sacar absolutamente nada para lo práctico”¹³. Medio minuto después, Mari

¹² NOLAN, Albert, *Dios en Sudáfrica*, Sal Terrae, Santander, 1989, pp. 25-26.

¹³ KANT, Immanuel, *El conflicto de las Facultades*, Losada, Buenos Aires, 1963, p. 50.

Paz estaba hablando con sus compañeras del viaje de fin de estudios que proyectaban realizar a Palma.

»A mí me maravilló que alguien pudiera descubrir que no es Dios aquel a quien siempre había tenido por tal sin que cambie nada en su vida, necesitando tan solo treinta segundos para tomar nota del dato correcto. Yo estaba plenamente convencido —entonces como hoy— de que las verdades de la fe pueden resultar “más interesantes”»¹⁴.

Según parece, a juzgar por las muchas reediciones y traducciones del libro, no debió salirme del todo mal. Me ha ocurrido algo parecido a lo que me ocurrió hace muchos años en el colegio donde yo estudié. Debo confesar que nunca fui buen deportista. En el equipo de fútbol del colegio jugaba como delantero, pero era el suplente del suplente. En la semifinal de un campeonato, consternados, tuvieron que echar mano del suplente del suplente y, en un momento determinado encontré el balón delante de mí. Supuse que procedía darle una patada y, para mi sorpresa y la del portero que tenía enfrente, describió una trayectoria curva y se coló en la red. Gracias a ese efecto que produjo sin pretenderlo ganamos el partido.

En el caso de aquel partido el efecto imprimido al balón fue pura casualidad, porque no creo que el Espíritu Santo jugara a favor de mi colegio contra el otro; pero en el caso del libro sospecho que el Espíritu Santo ha debido estar involucrado. Por eso, no estará de más invocar al Espíritu Santo cuando, al dirigirnos a los jóvenes, nos preguntamos cómo hacer nuevamente interesantes las verdades de la fe. Según San Agustín, Él es el «maestro interior» que da eficacia dentro de nuestros oyentes a lo que nosotros, torpes maestros exteriores, decimos¹⁵.

4. PRESTAR ATENCIÓN A LA CULTURA DE LOS JÓVENES

Estamos ante un tremendo desafío para nosotros, los creyentes, que necesitamos reformular el Evangelio en las categorías culturales de hoy. Un mensaje que no despierta eco en el oyente no es aceptado. Y no despertará eco si no responde a los centros de interés personal, es decir, a la problemática existencial que el destinatario tiene, bien sea de forma espontánea o inducida. Como dice una conocida reflexión de origen inglés,

¹⁴ GONZÁLEZ-CARVAJAL, Luis, *Ésta es nuestra Fe...*, pp. 13-14.

¹⁵ Cfr. AGUSTÍN DE HIPONA, *Exposición de la primera Epístola de Juan*, trat. 3, cap. 13 y trat. 4, cap. 1 (*Obras completas de San Agustín*, t. 18, BAC, Madrid, 1959, pp. 245 y 247).

«para enseñar latín a John, no basta saber latín, hay que conocer también a John».

Richard Niebuhr propuso cinco modelos de relación entre la fe y la cultura¹⁶. Para lo que nos interesa aquí podríamos reducirlos a tres:

1. Hay evangelizadores que desprecian el universo cultural de sus destinatarios.

Ejemplos típicos de esta postura fueron en la Antigüedad Taciano — el cristiano más violento contra la cultura clásica¹⁷— y Tertuliano. Este último, con una vehemencia digna de mejor causa, escribía: «Allá se las vean los que han inventado un cristianismo estoico, platónico y dialéctico. Nosotros no tenemos necesidad de curiosidad después de Cristo, ni de búsqueda después del Evangelio»¹⁸.

Esta postura parece suponer que en el laboratorio hemos logrado cristalizar la fe de forma químicamente pura, separándola de la ganga de la cultura. Pero eso es completamente imposible. No existe fe sin mediación cultural, bien se trate de la cultura judía, como ocurrió en el primer anuncio del Evangelio; la aristotélica, como en la obra de Tomás de Aquino; u otra cualquiera.

El error de estos evangelizadores consiste, por tanto, en no ver que ellos mismos son tributarios de una determinada cultura. Si no quieren expresar la fe en unas categorías culturales que digan algo a los jóvenes de hoy, la expresarán en las categorías culturales de hace tres siglos; y, lo que es peor, pretenderán imponer a todos esas categorías culturales ya obsoletas.

2. Hay evangelizadores que se identifican plenamente con la cultura de sus destinatarios.

Un representante típico de esta segunda postura —completamente opuesta a la anterior— fue Pedro Abelardo, a principios del siglo XII. En la Iglesia medieval resultó una figura relativamente solitaria, pero tuvo una

¹⁶ NIEBUHR, Richard, *Cristo y la cultura*, Península, Barcelona, 1968.

¹⁷ Cfr. TACIANO, *Discurso contra los griegos (Padres apologistas griegos)*, BAC, Madrid, 1954, pp. 572-628).

¹⁸ TERTULIANO, Quinto Septimio, «Prescripciones» *contra todas las herejías*, VII, 11-12 (Ciudad Nueva, Madrid, 2001, pp. 168-169).

numerosísima descendencia póstuma a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Recordemos únicamente a Kant, con su librito «La religión dentro de los límites de la razón natural»¹⁹, y toda la teología liberal protestante cuya figura más notable fue Albrecht Ritschl.

El peligro de este modelo es doble: conservar únicamente aquellos elementos de la fe cristiana que pueden conciliarse con la cultura y acabar «bautizando» subrepticamente incluso los «pecados» de la misma. Ni que decir tiene que lo que queda después de esa operación es ya «otro Evangelio».

La cultura actúa aquí para la fe como el lecho de Procusto, aquel tirano del Ática que metía a sus huéspedes en la cama, y, si eran demasiado altos y no cabían, les cortaba la cabeza o los pies; si demasiado bajos, los estiraba hasta que dieran las dimensiones de la cama. Y no hace falta decir que, tanto en un caso como en otro, el resultado final era la muerte de los huéspedes.

3. Hay otros evangelizadores que dialogan con la cultura de sus destinatarios.

El tercer modelo (en mi opinión el único correcto) es el del diálogo entre la fe y la cultura. Como escribió Pablo VI en la *Ecclesiam suam*, «la Iglesia debe entablar diálogo con el mundo en el que tiene que vivir. La Iglesia se hace palabra. La Iglesia se hace mensaje. La Iglesia se hace coloquio»²⁰.

Prefiero hablar de «diálogo» y no de «síntesis entre la fe y la cultura» porque si nos proponemos una identificación plena de la fe con la cultura de los jóvenes caeremos inevitablemente en el segundo modelo que hemos visto.

Pongamos un ejemplo. Los jóvenes actuales tienen poca capacidad para soportar el sufrimiento y la renuncia. Son en esto muy diferentes de la generación nacida durante la guerra civil y los primeros años de la postguerra. Aquellos fueron tiempos de hambre y todo el mundo estaba acostumbrado a las privaciones. El pan de cebada, las cartillas de

¹⁹ KANT, Immanuel, *La religión dentro de los límites de la mera razón*, Alianza, Madrid, 2ª ed., 1981.

²⁰ PABLO VI, *Ecclesiam suam*, 60 (*Once grandes mensajes*, BAC, Madrid, 14ª ed., 1992, p. 296).

racionamiento, el jabón de cocina en el lavabo, etc. formaban parte de la vida cotidiana de entonces. Quien entonces eran niños conocieron una escuela rígida y autoritaria (aquello de «la letra con sangre entra»). También la religión acentuaba mucho en aquellos años preconclares la importancia del sacrificio. El resultado de todo ello fue una generación endurecida a golpes, con gran capacidad para trabajar y soportar el sufrimiento. Probablemente también —todo hay que decirlo— una generación bastante reprimida.

En cambio los jóvenes actuales han nacido en una sociedad de alto consumo de masas. Tuvieron un médico para cada estornudo y todos los caprichos que se les antojaron. Han conocido también un sistema pedagógico mucho menos autoritario. Y la Iglesia habla ahora mucho menos de ascetismo. El resultado de todo esto —como no podía ser de otra forma— ha sido una generación libre de represiones, pero también una generación muy mal preparada para asumir la dureza de la vida y soportar las frustraciones (algunos la han calificado de «generación blanda»). Cuando el dolor golpea a los jóvenes de hoy no aciertan a entenderlo y son incapaces de reaccionar para aprovechar las posibilidades formativas y personalizantes que contiene.

Pues bien, la educación de la fe en nuestros días no debe poner sordina a los muchos pasajes evangélicos en que Jesús habla de las renunciaciones que exige el seguimiento con el fin de evitar resultar impopulares a los jóvenes. Estar atentos a la cultura de los destinatarios supone que, si en la postguerra podía predicarse el ascetismo sin más, hoy es necesario empezar justificando que un sano ascetismo es necesario no sólo por razones religiosas sino también por razones meramente humanistas. San Pablo compara la *ascética voluntaria* con el entrenamiento de los deportistas (cfr. 1 Cor 9, 25). De vez en cuando se presentan situaciones decisivas en las que sólo responderemos adecuadamente si nos encontramos «en forma».

Si adaptáramos servilmente nuestro mensaje a la cultura de los destinatarios desaparecería precisamente lo que podría enriquecerles; decía Chesterton que cada generación se salva gracias a los santos que se atreven a oponerse a sus gustos²¹.

²¹ CHESTERTON, Gilbert Keith, *Santo Tomás de Aquino (Obras completas)*, t. 4, Plaza & Janés, 3ª ed., 1970, p. 999).

5. JERARQUIZAR LAS VERDADES DE LA FE

El decreto sobre ecumenismo del Concilio Vaticano II habló de una jerarquía en las verdades de la fe, que en mi opinión tiene gran importancia para presentar adecuadamente la fe a los jóvenes. Recordemos sus palabras: «Existe un orden o “jerarquía” en las verdades de la doctrina católica, ya que es diverso el enlace de tales verdades con el fundamento de la fe cristiana»²².

Si al presentar la fe cristiana no tenemos en cuenta esa jerarquía entre las verdades de la fe resultará un esperpento parecido a las imágenes distorsionadas ofrecidas por los espejos deformantes del madrileño callejón del Gato, en los que Valle Inclán vio la tragedia de España²³ (el callejón del Gato es hoy la calle Álvarez Gato y ya no existen los espejos).

Así pues, quien pretenda ofrecer una exposición completa de las verdades de la fe —al estilo de una *Suma Teológica*— deberá prestar a cada una de ellas la atención que merece —y no más ni menos— de acuerdo con la jerarquía existente entre ellas.

Cuando solamente se pretende ofrecer una iniciación básica a los contenidos de la fe cristiana —como fue el caso del libro responsable de mi presencia en estas Jornadas— es necesario pensar detenidamente qué temas deben aparecer por su relación más directa con el núcleo de la fe y cuáles deben sacrificarse para evitar que las verdades secundarias desplacen a las fundamentales. Es necesario presentar la cristiana con un sentido profundo de la proporción y de la importancia de los diversos contenidos.

Además la existencia de una jerarquía entre las verdades de la fe hace que no puedan presentarse en cualquier orden. Obviamente, no tendría sentido ir exponiéndolas por orden alfabético, como si de un diccionario de teología se tratara. Debemos pensar detenidamente dónde situaremos el clímax de la exposición así como los temas previos que son necesarios para preparar ese clímax y los temas que le seguirán por derivarse del mismo.

Bastantes personas me han dicho que les sorprendió ver que el libro *Ésta es nuestra Fe* comience hablando del pecado original. Pues bien, esto es consecuencia de lo que acabo de decir:

²² CONCILIO VATICANO II, *Unitatis redintegratio*, 11 c (*Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones. Legislación posconciliar*, BAC, Madrid, 7ª ed., 1970, p. 743).

²³ Cfr. VALLE-INCLÁN, Ramón del, *Luces de Bohemia (Obras completas)*, t. 2, Espasa, Madrid, 2002, p. 933).

El núcleo de la fe cristiana —y, por lo tanto, también de mi libro— es la Buena Noticia de la salvación de Dios por Jesucristo. Debemos ser conscientes, sin embargo, de que esa fórmula —tan frecuente en el lenguaje eclesiástico— resulta problemática en la cultura actual. La palabra «salvación» no ocupa ningún lugar entre los filósofos; con palabras de Gesché, «resulta “pueblerina”, no pertenece a la nobleza de los conceptos»²⁴.

Al hombre de la calle también le resulta extraña porque cree tener el destino en sus manos y esa palabra le resulta «obsoleta»²⁵. Todavía más incomprensible resulta la afirmación de que Jesús nos salva del pecado porque la mayoría de los jóvenes —y muchos no tan jóvenes— han declarado abolido el pecado y viven instalados en una «cultura de la impunidad» (según los estudios de la Fundación SM sobre los valores de los jóvenes españoles, sólo el 28,8 % de los mismos creen que exista el pecado²⁶).

Por eso me pareció necesario comenzar la invitación a creer con una visión actualizada del pecado original, presentándolo como pecado del mundo en el que participamos todos.

6. SABOREAR LAS VERDADES DE LA FE

Según dije más arriba, *creer que* es verdad lo que Jesús nos ha enseñado es inseparable de *creer en* Jesús. Por tanto, es necesario que la exposición de las verdades de la fe no se quede en la cabeza, sino que lleve a una experiencia personal de Dios.

Eso, naturalmente, requiere un aprendizaje. Cuando se trata de problemas, necesitamos que nos enseñen; en cambio, cuando se trata de misterios necesitamos que nos inicien. De ahí la importancia de una *catequesis mystagógica* (del griego *mustagwgiko@j*, *mystagogikós*, es decir, «concerniente a la iniciación en los misterios»). Las famosas catequesis mystagógicas de los Padres de la Iglesia (San Cirilo de Jerusalén, San Agustín, San Ambrosio, etc.) pretendían explicar a los nuevos

²⁴ GESCHÉ, Adolphe, *Dios para pensar-I*, Sígueme, Salamanca, 1995, p. 85.

²⁵ GESCHÉ, Adolphe, *El destino. Dios para pensar-III*, Sígueme, Salamanca, 2001, p. 11.

²⁶ GONZÁLEZ-ANLEO, Juan, y GONZÁLEZ BLASCO, Pedro, (dirs.), *Jóvenes españoles 2010*, Fundación SM, Madrid, 2010, p. 188.

cristianos, con un tono familiar, los ritos sacramentales y el misterio espiritual que se hacía presente en ellos. Yo utilizo la expresión «catequesis mystagógica» en un sentido más amplio. Dios no sólo está presente en los sacramentos, sino en la vida entera, y es necesario que la catequesis ayude a descubrir y a saborear esa presencia.

Por ejemplo, en el capítulo sobre el Espíritu Santo de mi libro *Ésta es nuestra fe*, después de explicar que el Espíritu Santo actúa desde dentro de nosotros, escribo: «Precisamente por actuar desde dentro, su acción puede confundirse con los dinamismos psicológicos ordinarios: “El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu” (Rom 8, 16). Así ocurre que, mientras el no creyente atribuirá todo lo que hace a su propia capacidad, el cristiano, reflexionando *a posteriori* sobre su vida, hará el mismo descubrimiento de Santa Teresa: Estaba yo “toda engolfada en él”²⁷». Pues bien, en aquellos tiempos ya lejanos que yo trabajé con universitarios cristianos, cuando exponía este tema solía poner el siguiente ejemplo de mi experiencia personal del Espíritu Santo:

Después de mi ordenación, varios amigos coincidieron en preguntarme qué se sentía «siendo cura». Al principio yo les respondía que me sentía a veces como un robot al que dirigían desde lejos. Me ocurrían cosas que no acertaba a expresar de otra forma. Por ejemplo, una tarde, cuando estaba a punto de comenzar la eucaristía en la parroquia, llamaron desde el Hospital Oncológico provincial para ver si podía sacarles de un apuro, porque les había fallado el sacerdote que se había comprometido a celebrarla allí con los enfermos. No lo pensé dos veces. Encargué a un niño que estaba jugando a la puerta de la iglesia que buscara al otro sacerdote para que me sustituyera en la parroquia, cogí el coche y me fui al «Onco». Por el camino se me ocurrió pensar que había actuado con demasiada precipitación. Podría ocurrir que no encontraran al otro sacerdote y, «para vestir a un santo, desvestía otro». Pero, como la cosa ya no tenía arreglo, seguí adelante. Como otras veces, después de celebrar la eucaristía en el salón de actos del Oncológico, recorrí las plantas llevando la comunión a quienes no podían levantarse de la cama. Al regresar al salón de actos estaba esperándome una mujer joven llorando como una Magdalena. Me explicó que no había pisado la iglesia desde que salió del colegio —de hecho, estaba casada civilmente— y aquella tarde, subiendo en el ascensor para visitar a su madre que estaba internada, oyó a unos enfermos que iban

²⁷ TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, cap. 10, núm. 1 (*Obras completas*, BAC, Madrid, 4ª ed., 1974, p. 55).

a misa y, sin saber muy bien por qué, les siguió. Algo le había impactado — no sabía si fue la homilía o el ver a enfermos como su madre participando en aquella celebración— y sintió la necesidad de reconciliarse con aquel Dios de su infancia que tan olvidado tenía. Quería confesarse allí mismo. Yo le dije que la confesión convenía madurarla un poco más. Estuvimos hablando mucho rato. Luego fue varias veces por la parroquia con su marido y acabó confesándose. Yo pensaba: ¿Quién me mandaría ir aquella tarde al «Onco»? (porque, tal como temía, en la parroquia se quedaron sin misa; no encontraron al otro sacerdote). Y respondía que me sentía como «un robot dirigido desde lejos».

Pondré todavía un segundo ejemplo. Otro día, al salir de Madrid recogí a tres auto-stopistas y, para mi sorpresa, nada más subir al coche, empezaron a decir burradas de la Iglesia y de los curas. Al cabo de un rato corregí una información completamente distorsionada que tenían. Cuando, poco tiempo después, corregí una segunda información, uno de ellos comentó: «Oye, tú entiendes mucho de esto, ¿no?». Respondí con sencillez: «Sí, es que yo soy cura». Se produjo entonces un silencio embarazoso. Luego uno de ellos lo rompió para pedirme perdón —llamándome de usted, por cierto— por «haber hablado de lo que no entendían». Yo quité importancia al asunto y en seguida empezamos a hablar de cuestiones religiosas en un tono completamente distinto. Al despedirse me preguntaron en qué parroquia estaba. A dos de ellos no volví a verlos nunca, pero el otro fue por la parroquia y acabó incorporándose al grupo de jóvenes. Y, cuando yo me preguntaba «¿quién me mandaría, precisamente *aquel* día, recoger a esos tres auto-stopistas?» (porque no suelo hacerlo habitualmente), volvía a contestarme a mí mismo que me sentía «como un robot dirigido desde lejos».

Podría seguir recordando otros casos parecidos, pero estos dos bastan para explicar lo que quiero. Un día, meditando sobre los Hechos de los Apóstoles, se me abrieron los ojos de repente. Al releer aquel episodio en el que *el Espíritu Santo* mandó a Felipe ponerse en camino a través del desierto —es decir, por una ruta un tanto «absurda» para cualquier evangelizador, porque lo lógico era no cruzarse con nadie— y se encontró el carro parado de aquel ministro etíope a quien, tras una conversación, acabaría bautizando (Hech 8, 26-39), caí en la cuenta que tenía cierto «aire de familia» con las cosas que a mí me estaban ocurriendo. En seguida empecé a recordar otras expresiones parecidas que hasta entonces me habían resultado un tanto herméticas: «el Espíritu Santo dijo: “separadme a

Bernabé y a Saulo para la misión que les he encomendado”» (Hech 13, 2); «el Espíritu me dijo que fuera con ellos sin dudar» (Hech 11, 12); «intentaron dirigirse a Bitinia, pero el Espíritu Santo no se lo permitió» (Hech 16, 7); etc. etc. De modo —me dije— que lo de «un robot dirigido desde lejos» era, sencillamente, ¡estar guiado por el Espíritu Santo!

Naturalmente, yo había estudiado teología, y «sabía» que el Espíritu Santo actúa *desde dentro* de los hombres, pero hasta entonces no tenía *experiencia* personal de ello. Y habría seguido sin tener experiencia si la palabra de Dios no me hubiera facilitado la clave que necesitaba para *interpretar* correctamente lo que me estaba pasando. Pues bien, esto es lo que quiero decir cuando afirmo que «el cristiano, reflexionando *a posteriori* sobre su vida, hará el mismo descubrimiento de Santa Teresa: Estaba yo “toda engolfada en él”».

Naturalmente, necesitamos vivir un proceso semejante al que he descrito con todas y cada una de las verdades de la fe. Cuando decimos, por ejemplo, que «Dios es Padre», que «Jesús nos salva», etc., es imprescindible que esas fórmulas evoquen experiencias personales. Por eso en todos los temas procuraba que a la explicación doctrinal siguiera una iniciación al misterio.

Nos jugamos mucho con esas *catequesis mystagógicas* porque, en opinión de Vergote, la falta de experiencia religiosa es, para muchos de nuestros contemporáneos, la principal dificultad para creer²⁸. Esto es tanto como decir que los nuevos «preámbulos de la fe», a diferencia de lo que pensaba aquella apologética racionalista del siglo XIX, son más bien de naturaleza experiencial.

7. Y AL FINAL DESCANSAR

Llegamos ya al final. Igual que, según el relato sacerdotal de la creación, Dios, después de haber trabajado siete días, el séptimo descansó (Gen 2, 2), nosotros, si hemos cumplido las seis reglas anteriores, debemos descansar. Es verdad que, una vez hecho todo esto, falta todavía que los jóvenes den el salto a la fe, pero eso ya no está en nuestra mano conseguirlo. Podemos decir serenamente: «Somos unos siervos inútiles, pero hemos hecho lo que teníamos que hacer» (Lc 17, 10).

²⁸ Cfr. VERGOTE, Antoine, *Psicología religiosa*, Taurus, Madrid, 3ª ed., 1975, pp. 86-88.

Como decía Pedro José Gómez Serrano, el evangelizador se limita a hacer una propuesta. Es como si dijera «a otra persona: “Tengo un amigo que me ha cambiado la vida. Si quieres, te lo presento”. (...) Somos responsables de organizar el encuentro con toda la delicadeza, entusiasmo y respeto que podamos, pero en modo alguno podemos mantener bajo control el resultado de la cita, que queda situada en la conciencia de cada persona. Tomar en consideración este hecho resulta para mí verdaderamente liberador, porque ya no tenemos que cargar con el peso de “un déficit en la cuenta de resultados de nuestra pastoral”»²⁹.

²⁹ GÓMEZ SERRANO, Pedro José, *Nos sobran los motivos. Una invitación al cristianismo*, PPC, Madrid, 2010, p. 318.